

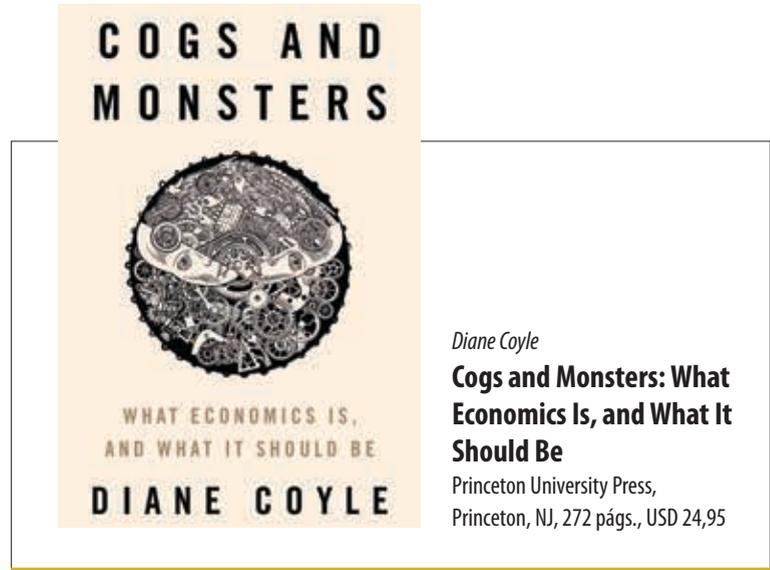
Corregir el rumbo

LAS ÚLTIMAS DOS DÉCADAS han sido extrañas para la economía. A comienzos de la década de 2000, los complejos mercados financieros y la cada vez más intensa integración económica mundial se proclamaban como logros de los sistemas económicos y financieros modernos, hasta que la crisis financiera mundial suscitó preguntas sobre las razones por las que los economistas no habían anticipado la acumulación de tensiones y vulnerabilidades en los mercados financieros y sus consecuencias. Justo una década después, la COVID-19 puso en cuestión la validez de las cadenas de producción distribuidas por todo el mundo y estrechamente integradas. Estas crisis arrojan dudas sobre creencias anteriores y han alimentado el escepticismo existente sobre el capitalismo y sobre la economía más en general.

En *Cogs and Monsters: What Economics Is, and What It Should Be* (Engranajes y monstruos: Lo que es, y lo que debería ser Economía), la economista de Cambridge, Diane Coyle, analiza algunos de estos temas. Los “cogs” (literalmente, engranajes) son lo que (supuestamente) va mal en la ciencia económica: el supuesto artificial y poco realista en los modelos económicos estándar de que los agentes son totalmente racionales y capaces de optimizar funciones complejas y objetivas. De forma similar a las extrañas criaturas de los mapas medievales que indicaban regiones desconocidas, los “monstruos” aluden a los muchos cambios en la economía mundial, que crean territorios nuevos e inexplorados para los que la actual ciencia económica no está preparada.

Coyle presenta una larga lista de *cogs*. El principal es la naturaleza estilizada de los modelos económicos. Los economistas estarán dispuestos a puntualizar que cualquier modelo, para ser útil, debe abstraerse de la realidad. Como señala Coyle, un mapa del metro de Londres sería una representación terrible del aspecto de esa ciudad, aunque es extremadamente útil para su propósito: viajar en metro. Pero no deja que los economistas se salgan con la suya con tanta facilidad, y apunta al exceso de “matematicidad” de la ciencia económica, que suele ocultar supuestos subyacentes. Si bien se trata de una crítica válida, es poco probable que su solución de adoptar “teorías *ad hoc*” vaya a mejorar la credibilidad de los modelos económicos.

Sin embargo, Coyle consigue en general separar las críticas auténticas a la ciencia económica de los argumentos falaces que suelen crear los críticos. Aunque la autora no lo hace sin crear ella misma algunos argumentos falaces. Por ejemplo, lamenta que el criterio de



Diane Coyle

Cogs and Monsters: What Economics Is, and What It Should Be

Princeton University Press,
Princeton, NJ, 272 págs., USD 24,95

Pareto —que una política es deseable solo si ningún individuo empeora su situación— no sea útil para la formulación de políticas. Pero la mayoría de los economistas no lo ven así. Pensemos en la política comercial: la mayoría apoyaría que la política de liberalización del comercio exterior genera más ganancias que pérdidas. El problema aquí no es que no se cumpla el criterio de Pareto, sino que las autoridades económicas rara vez cumplen su promesa de compensar a los perdedores.

La autora también describe lo que asola a la propia profesión, entre otras cosas, redes consolidadas que impiden nuevas ideas, una cultura de debate agresivo y la falta de diversidad racial y de género. Es una larga lista, y esto significa que otros temas pueden recibir menos atención. Coyle describe con convicción las dificultades que presenta la economía digital para la medición del PIB y la modelización de la economía. Sin embargo, faltan algunas de las cuestiones más urgentes de la actualidad: ¿Qué papel puede y debe desempeñar la política económica en la lucha contra el cambio climático? ¿Cómo podemos hacer que el crecimiento económico sea más inclusivo? Y ¿qué implicaciones tiene el aumento de la automatización para el futuro del trabajo? No obstante, Coyle destaca con convicción varios temas importantes a los que la profesión económica, tanto en círculos académicos como políticos, debe darles la importancia que merecen. **FD**

MARTIN SCHINDLER, Subjefe de División, Instituto de Capacitación del FMI